

La parábola policíaca de Sergio Ramírez

Carlos Tomás

Algo raro pasa en Nicaragua cuando todos los escritores que militaban activamente en el Frente Sandinista de Liberación Nacional han tenido que huir del movimiento que fundaron para escapar de su líder, el comandante Daniel Ortega, que no parece dirigir el país, desde luego, según los preceptos revolucionarios que se supone que representa, sino de un modo más cercano a una tiranía cada vez más obvia, sobre la que pesan sospechas gravísimas de corrupción ideológica, moral y legislativa, y contra la que combaten, como acabamos de decir, intelectuales de la talla de Ernesto Cardenal o Sergio Ramírez, cuya vinculación al sandinismo histórico llegó al punto de que ambos, como recordará el lector, fueron ministros y representaron además, de cara al exterior, la imagen más visible del gobierno centroamericano. Pero los sueños de entonces son la pesadilla de ahora, y Ortega una caricatura peligrosa que ha llegado a perseguirlos con saña, como a todos los disidentes, a Ernesto Cardenal intentando dejarlo en la ruina, congelando sus cuentas bancarias. y amenazándolo con la cárcel, al acusarlo los tribunales que él maneja de un absurdo delito de injurias a un ciudadano alemán, después de que el poeta publicara en la prensa de su país una carta en la que acusaba a algunos empresarios ligados al gobierno de apoderarse de un hotel ubicado en Solentiname, el archipiélago donde en 1965 fundó una comunidad cristiana en la que se enseñaba a escribir poesía a los campesinos; y a Sergio Ramírez, haciendo que un fantasmagórico

Instituto Nicaragüense de Cultura lo vetara como autor de un prólogo al poeta Carlos Martínez Rivas, que iba a aparecer en la colección de poesía que vendía el diario *El País*. El «inaudito acto de censura oficial», digno de un «Gobierno que no puede calificarse sino de totalitario», fue «condenado con toda energía» en un manifiesto en defensa de Cardenal que firmaron, entre otros muchos, José Saramago, Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, Juan Gelman, Eugeni Evtushenko, Fernando Savater, Tomás Eloy Martínez, José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, Joaquín Sabina, Ángeles Mastretta, Chico Buarque, el propio Ernesto Cardenal y Antonio Skármeta.»

Pero, por suerte, nada de eso ha logrado silenciar a los mejores escritores de Nicaragua, que pese a todo siguen incrementando su obra y ésta se difunde cada vez con mayor insistencia y éxito entre los lectores del mundo entero. Cardenal acaba de presentar un nuevo libro de poemas, titulado *Pasajero de tránsito*, y Sergio Ramírez regresa ahora al primer plano de la actualidad con una novela, *El cielo llora por mí*, que aunque se presenta bajo la máscara de una historia policíaca, puede leerse entre líneas como una crítica contra la degradación de la vida en Nicaragua, propiciada por la sombría forma de dirigir el país que ha impuesto su presidente.

Seis años ha tardado el escritor nicaragüense Sergio Ramírez en completar el puzzle de *El cielo llora por mí*, y si la podemos calificar de ese modo esta obra del autor de *Castigo divino* y *Margarita, está linda la mar* es porque se trata de una novela de género negro que, como todas las narraciones policíacas, consiste en ir encajando todas las piezas del misterio que se plantea en el arranque de la historia y se va resolviendo según avanza el enigma, que en este caso se nutre de todos los ingredientes tradicionales del género pero que añade un toque político al conjunto, una lectura en clave local y un punto de crítica social, pues en sus páginas encontramos narcotraficantes, confidentes, policías honrados, perdedores con madera de héroe a la fuerza, mafiosos sanguinarios y el resto de la fauna clásica de este tipo de *thrillers* en los que nada es lo que parece y nadie dice toda la verdad la primer vez que le preguntas; pero, por otra parte, también entrevemos a algunos personajes reales que representan a la clase dirigente más turbia de Nicaragua, entre ellos al sospechoso cardenal Obando, y a otros

arquetipos de la corrupción que, con sus actos y sus abusos de autoridad, hacen difícil delimitar la frontera entre la ley y el delito, entre los supuestos defensores de la justicia y quienes la vulneran. El modo en que Sergio Ramírez ha logrado ensamblar todos esos materiales de origen diverso es el primer triunfo de *El cielo llora por mí*, un título que sale de la frase hecha que pronuncia uno de los actores secundarios de este drama, después de haber recibido un disparo en una emboscada tendida a los agentes por los sicarios a los que persiguen.

Ramírez se enfrenta con su escritura a uno de los problemas más terribles y de más complicada solución de Latinoamérica, que es el de la droga, el tráfico por tierra, mar y aire de estupefacientes y la existencia de auténticos ejércitos paramilitares pagados con el dinero que genera ese negocio mortal y que hace multimillonarios a los delincuentes. Los hilos del baile de sangre que se cuenta en *El cielo llora por mí* los mueven los cárteles de Cali y Sinaloa, que buscan en Nicaragua un territorio para reunirse y tratar proyectos comunes. Y como suele ocurrir en esta clase de novelas, el enemigo que se enfrenta a esos todopoderosos señores del crimen es pequeño, lo cual le da una dimensión épica al combate que libra contra ellos. El David de Ramírez se llama Dolores Morales, aunque un amigo asegura que dadas sus aficiones habría sido más coherente llamarse justo al revés, Placeres Físicos, y las armas con que intenta derribar al Goliath de la droga son irrisorias: su integridad moral, un coche viejo, una pistola obsoleta y una pierna de vinilo, que es el resultado de sus años como combatiente de la Revolución. Porque tanto él como la mayor parte de sus compañeros son antiguos soldados sandinistas, y por lo tanto la realidad en la que chapotean puede entenderse como un oscuro despertar del sueño de la utopía. En el país que describe Sergio Ramírez, los ministros defienden a los malhechores, la iglesia pone bajo su palio a los canallas y la fiscalía se queda la mitad del botín que los agentes decomisan a los narcos, de modo que si había cien mil dólares en el forro de una maleta llena de dinero negro, del juzgado a los titulares de los periódicos se pierden cincuenta mil. Quizá sirva como metáfora de todo ello lo que se dice en un momento de *El cielo llora por mí*: «El tiempos de la revolución, las niñas solían ser bautizadas con nombres de heroínas san-

dinistas, y aún con nombres de paraje y montañas donde se había librado la lucha guerrillera, Iyas, Yaosca, Zinica. Ahora les ponían nombres de personajes de telenovelas, Marisela, Estefanía, Marcela, o de marcas comerciales.»

Al inspector Morales, que intenta esclarecer un crimen cuyo primer indicio es un barco abandonado y que, como es característico de las novelas negras, resulta ser a la vez la tapadera y el cebo de un asunto mucho mayor, lo ayudan una serie de personajes que andan entre la nobleza y el patetismo, cuyos nombres suelen diluirse en apodos como doña Sofía, la Fanny, Chuck Norris o Lord Dixon, que luchan contra otros alias y motes que señalan a los rufianes de guante blanco a los que se quieren arrestar, y que lo hacen desde la intuición y las ganas de salir, aunque sea por la puerta de atrás, de una existencia mediocre a la que le hacen falta aventuras y le sobra aburrimiento. El segundo triunfo de *El cielo llora por mí* es la emoción que transmite esta galería de desdichados al lector. Porque todo el mundo sabe que si hay algo que le haga falta a una buena narración de detectives es un buen perdedor, y aquí tenemos donde elegir. Del primero de todos, el propio inspector Morales, muchos de esos lectores esperarán una saga completa, porque tiene cualidades suficientes como para hacerle alrededor una serie de novelas que, al igual que ésta, entretendrán a los aficionados al género, sin defraudarlos.

Y ése es el tercer y definitivo triunfo de Sergio Ramírez con esta obra, que con ella no ocurre como con tantas novelas policíacas, que las expectativas que se crean a la hora de plantear el enigma y anudarlo, se llenan de trampas del escritor y de decepciones sucesivas del lector a la hora del desenlace. *El cielo llora por mí* es una narración sencilla, sin pretensiones desorbitadas ni retos estilísticos, pero está bien armada y bien resuelta. Y está bien escrita, sin alardes pero con continuos rasgos de buen gusto y detalles de escritor sólido. Bienvenido sea el detective Sergio Ramírez a este mundo de las novelas policíacas, que pocas veces reciben a un visitante tan ilustre en su territorio. El primer asalto, lo ha ganado con creces.

Como dijimos, es fácil hacer una lectura interlineal de esta novela de Sergio Ramírez, y el regusto que deja esa lectura es amargo, porque es el sabor de los sueños que no se cumplen, de

las promesas que acaban convertidas en engaños y de las revoluciones que desembocan en una dictadura más o menos encubierta. Cuando un país convierte la ley y la Justicia en papel mojado, la gente más siniestra llega a él para convertirlo en su paraíso. Eso, no está escrito en *El cielo llora por mí*, pero también puede leerse en sus páginas ©